

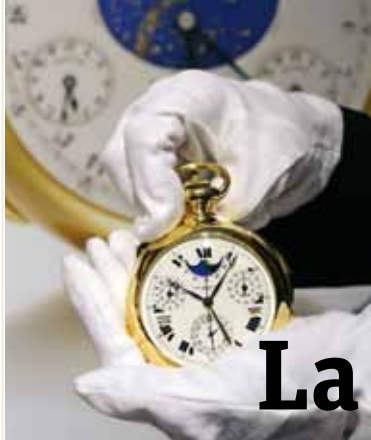
ADVIENTO 2014

EL TICTAC DE LA ESPERANZA AL COMPÁS DEL EVANGELIO

FERNANDO CORDERO MORALES, SS.CC.
Pastoralista en el Col·legi Padre Damián (Barcelona)



El reloj del Adviento, que ponemos en marcha el domingo 30 de noviembre, es acompañante que impulsa y despierta. Nos invita a velar, a permanecer vivos, activos, comprometidos, con un rumbo claro y no equivocado. Nos orientamos hacia Belén. Se atisba la Estrella en el horizonte. Ahora toca dejarse prender por la vela del primer domingo que se enciende en la eucaristía, que nos alienta a no caminar en la oscuridad ni en el ensueño, sino en la senda de la búsqueda, del encuentro y de la vigilancia. Pongamos el reloj de la oración y del compromiso en marcha. Es tiempo de conversión y esperanza. Estamos ya en Adviento. Suena un suave tictac de fondo en el engranaje de nuestra existencia.



La hora de recibir al Señor

I. TIEMPO SIN LÍMITES FIJOS

¿Cómo podemos aproximarnos a lo que es estar en actitud vigilante (cfr. Mc 13, 33-37), tan primordial en Adviento? Sí, lo hemos hecho ya tantas veces que nos puede sonar a rutina. Eso, ¡jamás! El Adviento es novedad, viene Dios a sorprendernos. De manera sugerente y motivadora, nos hace entrar en vigilancia el beato **John Henry Newman**: “¿Conoces el sentimiento de esperar a un amigo, de esperar que venga, y que se retrase? ¿Sabes lo que es estar en mala compañía, con alguien que te resulta desagradable, y desear que el tiempo pase, y que suene la hora y que puedas estar libre? ¿Sabes lo que es estar lleno de ansiedad por si va a suceder o no algo, o estar en suspense por un suceso importante, que hace que tu corazón lata más rápido cuando te acuerdas de ello, y que es lo primero en lo que piensas por la mañana? ¿Sabes lo que es querer a un amigo que está en un país lejano, esperar noticias tuyas, y preguntarte todos los días qué es lo que estará haciendo, y si estará bien? ¿Sabes lo que es vivir pendiente de una persona que está contigo, de forma que tus ojos van detrás de los suyos, lees en su alma, percibes todos los cambios en su semblante, anticipas sus deseos, sonrías cuando sonrío, y estás triste cuando está triste, y estás abatido cuando está enfadado, y te alegras con sus éxitos? Estar vigilante ante la venida de Cristo es un sentimiento parecido a todos estos, en la medida en que los sentimientos de este mundo son aptos para reflejar los del otro”.

“Pasión por lo posible”

Junto a la vigilancia, Adviento nos provoca contrastes, con el objeto de despertarnos con alegría –porque somos presa fácil del adormecimiento– y gritar a pleno pulmón: ¡Ven, Señor Jesús! Al ritmo de las lecturas diarias del Evangelio de este tiempo, descubriremos

la sorpresa de Dios en nuestra vida. Estrenamos, además, un nuevo año litúrgico. **Patxi Velasco Fano** dibuja el año litúrgico como una escalera de caracol: “Caminamos dando círculos y volvemos a vivir lo mismo, pero cada vez lo hacemos de forma más elevada, más alto. Que este año caminemos hacia lo alto y juntos”.

Para caminar tan alto, hemos de sentirnos acogidos incondicionalmente. De esta manera, se despierta en nosotros la pasión por vivir y por sus ilimitadas posibilidades. En esta pasión consiste la esperanza: “Pasión por lo posible”. Esta original terminología la utiliza el benedictino **David Steindl-Rast** en su libro *La Gratitud, corazón de la plegaria*.



La Anunciación (El Greco, 1570)

A medida que avancemos, iremos empujando los límites de lo posible cada vez más lejos, hasta llegar a la región de lo aparentemente imposible. Lo posible no tiene límites fijos. Quizá lo que pensábamos que era un límite era en realidad un horizonte. Y, como todo horizonte, retrocede a medida que avanzamos hacia él en nuestro camino hacia la plenitud de la vida.

Charles Péguy pone estos versos en boca de Dios, en *El misterio de la esperanza*, sabedor de que “ella ama aquello que todavía no existe y va a ser”:

Lo que me asombra, dice Dios, es la esperanza. / Me maravillo inmensamente de ella. / Esta humilde y pequeña esperanza / que no causa ninguna impresión. / Niña esperanza. / Inmortal.

También hemos de advertir que podemos entorpecer los “límites de lo posible” y fijarnos unos mínimos que, más que hacernos crecer en esperanza, nos conviertan en seres diminutos con escuálidos fines. Bien lo advertía el genial **Miguel Ángel**: “El peligro más grande para la mayoría de nosotros no es que nuestra meta sea demasiado alta y no la alcancemos, sino que sea demasiado baja y la consigamos”.

Especialistas en esperanza, en metas altas, son los sencillos y los niños (cfr. Lc 10, 21-24). Ellos inevitablemente nos sorprenden. Sencillez no es simplicidad. La gente sencilla es la que tiene una mirada abierta, con lo cercano y, al mismo tiempo, parece contar con unos prismáticos para encontrar una perspectiva global, más allá de los intereses propios. El sencillo es el que disfruta de la vida como don recibido de Dios. Brota continuamente en su interior una acción de gracias por cuanto acontece en su existencia y se maravilla ante cuanto le rodea. Es capaz de ver nuevas las cosas, de entusiasmarse, de agradecer un regalo, una nueva amistad o una situación laboral inesperada. Las personas sencillas cuentan con un gran corazón, acogida y alegría. La gente complicada huye de la sencillez y se refugia en la parafernalia. Adviento es, por ello, camino hacia la sencillez de Belén, que gradúa las miradas miopes y desenfocadas.

Los sencillos son los que ven colmada su esperanza, porque realmente son los que saben orar. **Pedro Salinas** lo expresa de manera inmejorable: *Yo le había pedido a Dios / admiradores para estar*

rodeado de gente. / Y me he encontrado amigos para no estar solo. / Yo le había pedido a Dios ideas para convencer. / Y me he encontrado respeto para convivir. / Yo le había pedido a Dios dinero para comprar cosas. / Y me he encontrado personas para compartir mi dinero. / Yo le había pedido a Dios milagros para creer. / Él me ha dado la fe para hacer milagros. / Yo le había pedido a Dios una religión para ganarme el cielo. / Él solo me ha dado a su Hijo para acompañarme por la tierra. / Yo le había pedido a Dios de todo para gozar de la vida. / Él me ha dado la vida para que goce de todo. / Yo le había pedido a Dios habilidades para ser un profesional de éxito. / Él me ha dado amor para hacer de mi profesión un servicio. / Yo le había pedido a Dios ser un dios. / Él quiso hacerme hombre. Yo le había pedido a Dios poder para ser amado. / Y me he encontrado con el amor para no necesitar ser poderoso. / Yo le había pedido a Dios salud para hacer grandes cosas. / Y me he encontrado con la enfermedad para hacerme grande. / Yo le había pedido a Dios riqueza para ser feliz. / Y me he encontrado con la felicidad para poder vivir en la pobreza. / Yo le había pedido a Dios leyes para dominar a otros. / Y me he encontrado la libertad para liberarlos. / No he recibido nada de lo que había pedido a Dios. / Pero he alcanzado todo lo que había esperado. / Soy entre todos los humanos el más ricamente colmado.

Sincronizados al Corazón de Dios

Dentro de la sencillez, de la normalidad, ha de estar también enmarcada la vivencia de nuestra fe. A veces pensamos que tener fe es mostrar una gran heroicidad y vivir de una manera sobrenaturalmente espectacular. Con la actitud del centurión (cfr. Mt 8, 5-11), de un pagano, observamos cómo **Jesús** queda admirado por su total abandono y confianza. Él no espera de nosotros grandes acciones, apariencias, ritos o palabras bonitas; simplemente, busca que abramos nuestra casa, nuestra vida, nuestro corazón a su Palabra. Como el centurión, invoquemos al Señor y pidámosle que nos conceda una humildad y un amor desinteresados

para salir de nosotros mismos y poder ver y reconocer los sufrimientos de los otros. Quizás el de algunas personas muy cercanas que nos cuesta acompañar en su dolor, hundimiento o confusión. Adviento es cauce para desarrollar la sensibilidad con los que sufren.

Los marginados, los excluidos, las víctimas de la “cultura del descarte” que denuncia proféticamente el papa **Francisco**, son los preferidos del Evangelio. El tictac de nuestro reloj ha de estar sincronizado con los latidos del Corazón de Dios (cfr. Mt 15, 29-37). Es un Corazón que late fuerte, se altera y lastima con el sufrimiento. Bombea a gran velocidad cuando percibe la necesidad de aquellos que no tienen qué comer y están cansados. Se apasiona y vive apasionado por los enfermos, hambrientos y desafortunados. Como Jesús, muchos misioneros y misioneras, teniendo como modelo al incansable



san **Francisco Javier**, reparten panes y peces por los lugares más recónditos de este mundo convertido en aldea global. Y anuncian hasta la extenuación el Corazón del Maestro, cuya amistad quiere compartir con todos los pueblos. Los misioneros son testigos que encarnan la sensibilidad hacia la necesidad ajena. Adviento es sentir lástima de los que sufren, dándoles respuestas valientes con una vida coherente y austera. Denuncia y compañía se han de hacer amigas inseparables para los arrojados en la cuneta.

Prudencia, diálogo y gratuidad

Vivir desde la Palabra nos ayuda a no caer en la necedad, por lo que nos ejercita en una necesaria prudencia (cfr. Mt 7, 21.24-27). Hay una garantía que siempre nos va a respaldar a quienes pretendemos ejercitar esa prudencia evangélica, que resulta de la escucha y puesta en práctica de las palabras de Jesús. Quien se deja guiar por la Palabra, a pesar de los vientos y vendavales de la vida, se mantendrá firme sobre roca. Quien pretende aligerar la Palabra o seguir directrices fáciles, los que llevan una vida *blandiblup* o “líquida”, terminarán por desmoronarse con las embestidas de los temporales que el devenir vital trae consigo. El Maestro nos lo deja claro. Adviento es practicar la prudencia desde la escucha de la Palabra. No nos confundamos con otros soniquetes.

La “pasión por lo posible” cuenta con una manera muy sana de ampliar horizontes: el diálogo. **Mateo** nos acerca a los dos ciegos para que tengamos un modelo comunitario de fe, con el que podamos contrastarnos como comunidad cristiana con la actitud de estos seguidores de Jesús (cfr. Mt 9, 27-31). Esa fe les hace entrar en contacto con el Maestro y entablar un diálogo con Él, una relación personal. Nos movemos continuamente en el ámbito del diálogo y el intercambio. Normalmente tenemos oportunidades en el día a día para establecer contacto con otros y mostrarles nuestra fe. También hay ocasiones en que nos vemos sorprendidos por la fe de los

sencillos que, como los dos ciegos, afirman sin dudas sobre la acción de Dios en ellos. Cuidemos nuestra vida cristiana para que, disipadas las oscuridades, crezca en nosotros el don de la fe. Adviento, no lo olvidemos, es tiempo para creer.

En efecto, la fe es el don más preciado que recibimos gratuitamente (cfr. Mt 9, 35-10, 1.6-8). Aunque estamos acostumbrados a devaluar lo gratuito, sin embargo, este es un rasgo que el Señor nos pide que realicemos. A veces escuchamos: “Ponle un precio a tal o cual cosa, porque, si no, no se aprecia su valor”. Quien ha asumido el tesoro que lleva en su vasija de barro, ofrece sus dones con convencimiento y despierta la curiosidad por la raíz de aquello que ofrece. Son muchos los cristianos que no ponen precio a los dones que Dios les da, porque saben que no son suyos sino de Él. Adviento es tiempo para ser instrumentos generosos y gratuitos de los talentos recibidos.

Salpicada de gratitud se enmarca la experiencia de fe de **Josefina Bakhita**, la primera esclava que ha subido a los altares. Ella se vio desbordada por la “pasión por lo posible” cuando descubrió que había Alguien que la amaba por encima de todo. De una manera muy hermosa lo expresa **Benedicto XVI** en *Spe salvi* n° 3: “Tuvo ‘esperanza’; no solo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue ‘redimida’, ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios”.

II. ENTRE EL AHORA Y EL TODAVÍA NO

El icono del peregrino

Al encender la segunda vela de la corona de Adviento, el tictac acompasa nuestros pasos con los de los peregrinos. La esperanza nos empuja adelante en nuestra búsqueda. Está presente el “todavía no”: todavía no tenemos lo que deseamos. Es difícil vivir la creativa tensión de la esperanza: entre el ahora y el todavía no. El prefacio I de Adviento

nos ambienta por ello con el ritmo litúrgico de las dos venidas: *Cristo, Señor nuestro, / al venir por vez primera / en la humildad de nuestra carne, / realizó el plan de redención trazado desde antiguo / y nos abrió el camino de la salvación; / para que cuando venga de nuevo / en la majestad de su gloria, / revelando así la plenitud de su obra, / podamos recibir los bienes prometidos / que ahora, en vigilante espera, / confiamos alcanzar.*

Teresa de Jesús describió poéticamente el centro de su esperanza tensionada escatológicamente, como divisoria entre las dos vertientes (entre el presente y el futuro, entre el “ya pero todavía no”): *Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero.*

Fray **Tomás Álvarez** resume así su significado: “Los tres versos formulan poéticamente los tres momentos de la esperanza: 1º, el gozo de vivir, pero vivir con vida nueva, no ya en mí sino en Cristo; 2º, la espera de una vida más alta; 3º, la muerte, pero sentida ya como puente pasadizo entre las dos vidas”.

Hay, sin embargo, quienes, enganchados a la cultura de la inmediatez, lo quieren todo ya, no soportan un todavía no. Aspiran a que todo esté resuelto de una vez por todas y cuanto antes, con la velocidad del WhatsApp o del tuit. Para ellos, la búsqueda es molestia. Como contrapartida, están los que se

enamoran tanto de la búsqueda, que el encontrar se transforma en peligro. El encontrar pondría un punto final a su búsqueda, lo cual les truncaría el juego.

El peregrino supera esta polarización. Un peregrino sabe que cada etapa del camino puede parecerle la meta, mientras que lo que él cree la meta puede resultar ser solo una etapa del camino. Esto protege al peregrino abierto a la sorpresa. La esperanza es apertura a la sorpresa. Es la virtud del peregrino.

Francesc-Xavier Marín utiliza la clave del viaje en consonancia con la peregrinación: “Viajar es alejarse del territorio de las propias certezas, abandonar las propias pertenencias para ir ligero de equipaje. Sin traspaso de los propios límites no puede existir el viaje. El viaje es invitación a visitar la alteridad en los márgenes de nuestra frontera interior”.

Juan y Jesús no son espectaculares

En la Biblia descubrimos la imagen del camino. Al que prepara el camino al Mesías, **Juan el Bautista**, le toca barrer los caminos, quitar obstáculos, limpiar, arreglar la senda para que se pueda transitar sin dificultad (cfr. Mc 1, 1-8).

Dolores Aleixandre nos proporciona la nota de realismo: “Estupendo que lo torcido se enderece, pero nos suena a música celestial mientras continúen los métodos tortuosos de muchos empresarios para solicitar ERES y mandar al paro a tanta gente”.

A pesar de los pesares, fijémonos en Juan. Tengamos la imaginación de **Gloria Fuertes**: “Soy capaz de hacer trampas para que no me gane la tristeza”. ¡Pongámonos en camino, con ánimo, incansablemente! Merece la pena el esfuerzo. No podemos quedarnos parados. Con el Bautista aprendemos a no ser protagonistas sino servidores, gente que señala dónde está Belén, dónde está el misterio del Dios que se encarna y se hace pobre para compartir nuestra vida. La esperanza del Adviento nos impulsa, es dinámica, no se puede quedar quieta. ¡Adelante!

La vida de Juan el Bautista tiene una gran similitud con la vida de Jesús (cfr. Mt 17, 10-13). De hecho, el evangelio se detiene en su nacimiento, su vida y su muerte. Tanto Juan, precursor, como



La Visitación (Rafael Sanzio, 1438)



el Mesías, redentor, quedan sellados ambos con el signo del amor de Dios y la violencia de los hombres. Como bien expresa **Damiano Tonegutti**, en una de sus homilías en una parroquia de un barrio popular: “Nadie esperaba a alguien como Juan ni como Jesús. No son espectaculares. Dios no es espectacular. No hace *audience*. Es más bien pobre”.

Ni Juan ni Jesús parecen convencer. De hecho, el propio Jesús compara a su generación con unos niños caprichosos a los que nada les viene bien (cfr. Mt 11, 16-19). Ni la manera austera y ascética de Juan el Bautista, ni la alegría del Hijo del hombre, al que insultaban llamándolo “comilón, borracho y amigo de publicanos y pecadores”. Para Jesús, sin embargo, las comidas con pecadores y el no ayunar eran signos del Reino. Jesús se identifica con la sabiduría de Dios, cuyas obras son más elocuentes que los juicios de rechazo y los razonamientos de sus contemporáneos. Tengamos nosotros también la lucidez de no agotarnos con los “caprichos” del mundo. Veamos las obras que se van realizando gracias a la acción de Dios en medio y a través de nosotros, pobres instrumentos de su amor.

Sin agobios que paralizan

Con figuras como Juan el Bautista, el tictac nos impulsa sin agobios a la senda entre el presente y el porvenir. El tiempo de Adviento, con su fuerte dosis de esperanza y de impulso, nos lanza a preparar los caminos que conducen hacia el Mesías (cfr. Mt 11, 28-30).

No puede haber cansancio ni agobio que nos paralice en esta tarea ni en esta búsqueda activa. Quien vive con ánimo tan buen fin, ha de aprender a descansar en el Corazón de Jesús, que es manso y humilde, bienaventurado. No vamos por la vida queriéndonos comer el mundo, sino sirviendo, alentando, guiando, con la suavidad del yugo que se nos ha encomendado. Quien vive cargado y agobiado, multiplicado y dividido, termina por contagiarse agobio y preocupación. Si en tu dedicación a la Iglesia y al Reino, estás con tamaño peso, vete un rato delante del sagrario y pídele a Jesús que calme tus preocupaciones. Adviento es tiempo de eliminar agobios, no de potenciarlos.

Por contraste hay quien, dolorosamente, se aparta del camino. Si queremos parecernos al Corazón de Jesús, nos ha de doler la ruta que toma la oveja o el hermano que se desvía del camino (cfr. Mt 18, 12-14). El rebaño queda incompleto, le falta un miembro. La comunidad se fragmenta, ya que uno de los suyos se ha distanciado. No podemos quedarnos igual. El Buen Pastor nos muestra el modo de proceder ante una pérdida: la búsqueda. Y tras la búsqueda, la integración y el encuentro festivo. Si un hermano nos falta, el cuerpo queda con un miembro extirpado. La única cirugía válida para la restitución es la de la apertura del corazón, la puerta del rebaño a aquel que se ha perdido. Sin poner condiciones, con la gratuidad que actúa el propio Dios. En otras ocasiones la recuperación será imposible. Pero por

nosotros que no quede el esforzarnos al máximo en el reencuentro, en la vuelta, en comprender la situación del que se ha extraviado. Una Iglesia que busca a sus hijos perdidos es una Iglesia que tiene corazón.

Otra oportunidad

Flaco favor al Reino y a la esperanza llevan a cabo, sin embargo, los que entran en la dinámica de la violencia, de la prepotencia, del querer llevar el agua a su molino (cfr. Mt 11, 11-15). El Reino de Dios es paz, justicia, amor. No obstante, a lo largo de la historia, la gente violenta quiere arrebatarlo. Son violentos los terroristas y los que buscan la venganza. Pero también somos violentos, sin ser terroristas, en la vida cotidiana: hablando mal del que tenemos al lado, aprovechándonos de los demás para nuestros intereses particulares, juzgando severamente al hermano sin ponernos en su lugar, sirviendo de manera hiriente y sintiéndonos superiores a los otros... La violencia hace daño. El amor restaura, repara, reconstruye, une. Los habitantes más pequeños del Reino viven en clave de paz, pero son capaces de plantar cara a la injusticia. El amor es respeto, camino de reconciliación y la mejor vía para desenmarañar la violencia. Como declara **José Ma Rodríguez Olaizola**, el perdón es una de las razones para la esperanza, “porque alguna vez todos necesitaremos otra oportunidad en la vida”.

En un librito que recomendaría a todo el mundo, *Perdón y reconciliación*, el camilo **Luciano Sandrin** anima a vivir la tesis de este volumen: “*El perdón* y la reconciliación, que puede ser su consecuencia, abren a la esperanza, *conduciendo* a los individuos, pero también a grupos enteros, *al futuro* y superando esos roles en los que la ofensa del pasado tiende peligrosamente a encerrarlos”.

III. BARRUNTAR EL MISTERIO DE DIOS

La Luz en la oscuridad

Al prender la tercera vela del Adviento, el Evangelio nos emplaza a buscar la luz, a no quedarnos con una

pequeña lámpara o linterna. Juan el Bautista no es la luz (cfr. Jn 1, 6-8.19-28). La gente que nos encandila no es la luz. Nuestros pequeños o grandes ídolos no son la luz. El Mesías es la Luz. La única Luz que puede encender nuestra mecha, esa mecha que busca ser abrasada por el que es la Luz. Esa mecha que solo queda satisfecha con una Luz que ilumina en la oscuridad, que vence a la muerte, que elimina los odios, que nos concede la paz, que guía a aquellos que quieren adentrarse en el camino único de Belén. Y lo hace desde la alegría del brillo que ofrece el Amor. Adviento es tiempo de conversión profunda, de pasar de las tinieblas a la luz, de celebración del sacramento del perdón que nos otorga esa luminosidad.

Para valorar con más sentido la luz, el sonido, lo creado, podríamos imaginarnos cómo resultaría vivir sin algunos de nuestros sentidos. **Helen Keller**, escritora, oradora y activista política sordociega estadounidense, nos invita, por lo menos, a un ejercicio con la imaginación: “A menudo he pensando que sería una bendición si cada hombre se quedase ciego y sordo durante unos días en alguna etapa de los primeros años de su vida adulta. La oscuridad le haría apreciar la vista; el silencio le enseñaría la alegría del sonido. De vez en cuando pregunto a mis amigos que pueden ver para descubrir lo que ven. Hace poco me visitó una muy buena amiga que acababa de regresar de un largo paseo por el bosque, y le pregunté qué había observado. ‘Nada en particular’, me contestó. No hubiese dado crédito a lo que oí de no estar acostumbrada a tales respuestas, pues hace tiempo que estoy convencida de que los que pueden ver ven poco”.

Por mucho que practiquemos el asombro y quedemos maravillados por la obra creadora, hemos de ser conscientes de que barruntamos el misterio de Dios pero no podemos, afortunadamente, “atraparlo”. La oscuridad tiene su valor, como es necesario que el que es la Luz no pueda ser condicionado por nuestras ansias de dominio y manipulación. De manera genial lo expresaba **Blaise Pascal**: “Si no existiese la oscuridad, el hombre no sentiría su corrupción; y si no existiese la luz, el hombre no tendría esperanza

de curación. Así, no solo es justo, sino provechoso para nosotros, que Dios esté oculto en parte y en parte descubierto, porque es tan peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer su propia miseria como conocer su miseria sin conocer a Dios”.

El reloj del padre Clet

El que es la Luz, además, ha de constatar que incluso los líderes religiosos ven muy poco y juegan a una doble baraja (cfr. Mt 21, 23-27). Por eso, la Luz denuncia una falsa autoridad y deja ver que la suya no se la ha dado Él mismo, sino que viene del Cielo, como el Bautismo de Juan. Su autoridad será puesta al servicio de los hombres hasta la entrega de la vida en la cruz. Esta vida entregada será la que selle el hecho de que su autoridad es divina y auténtica. Como Jesús, actuemos siempre con dignidad, a ejemplo de los mártires.

El paúl san **Francisco Regis Clet**, antes de ser torturado en China, pidió un reloj de bolsillo ante la sorpresa de sus verdugos. Brevemente repasa su vida en un apenas perceptible tictac. El santo misionero expira estrangulado. Parece que todo se ha parado. El reloj en el bolsillo sigue avanzando al compás de la vida. La hora del padre Clet tampoco ha terminado. Ahora entra con su sonrisa en la eternidad. El reloj prosigue dando la hora. Es nuestro tiempo.



Juan Bautista en el desierto (Icono del s. XV)

En silencio y sin palabras

¡Qué indispensable en Adviento el silencio para ganar en hondura y abrazar la realidad con autenticidad! A veces sobran las grandes palabras y discursos sobre el amor (cfr. Mt 21, 28-32). Ensanchamos en exceso la verborrea y descuidamos la acción concreta. Los pequeños gestos de amor son más fecundos que las grandes palabras. Con esto no queremos decir que haya que excluir las palabras sobre el Amor. ¡Qué va! Pero tampoco podemos hablar sin corresponder, crear poesía y luego, en casa, nada de nada. El amor siempre es más discreto que los discursos y penetra con suavidad a la vista de todos. Las palabras grandes, dichas con facilidad, se las lleva el viento. Más vale no decir nada y actuar que adelantarse con mil palabras y, luego, no actuar en consecuencia. ¡Amemos! Que se note nuestro amor. Si lo hacemos con pocas palabras, mejor. Que tu mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Y los discursos los dejamos para alguna ocasión especial.

Barruntar el misterio de Dios en nosotros puede llevarnos, por otro lado, a quedarnos sin palabras. **Zacarías** era un hombre justo, fiel al Señor (cfr. Lc 1, 5-25). Tanto él como su esposa **Isabel**, sin hijos, son de edad avanzada. El tiempo del hijo tan deseado ya había pasado y solo les quedaba la oración de petición, para que Dios escuchara sus ruegos anhelantes. Y Dios, por boca del ángel, le anuncia la increíble noticia del nacimiento no solo de un hijo, sino del que le preparará un pueblo bien dispuesto. ¡Pobre Zacarías! ¿Cómo iba a poder asimilar de sopetón el anuncio de san **Gabriel**? El ángel, como ha visto su aturdimiento, lo deja mudo hasta que se cumplan sus promesas. Como a Zacarías, Dios nos deja mudos en muchas ocasiones. Y quizás el inevitable silencio sea la mejor manera de procesar la manera de actuar de Dios en nuestras vidas, que termina por conceder aquello que conduce a sus planes de lograr un pueblo fiel y justo, amante de la paz.

Y mientras Zacarías enmudece, **María** se proclama esclava del Señor para vivir desde su Palabra (cfr. Lc 1, 26-38). María puede hablar porque todo en ella habla de Dios y de sintonía con



su decir. El misterio se hace noticia cristalina en la joven de Nazaret. No altera su cotidianeidad, porque ella está habitada por el Espíritu. El día en que no nos extrañemos de las peticiones que el Señor nos hace se habrá producido probablemente un cambio en nuestras mentes y en nuestros corazones. María, con su Corazón que es experto en acoger la voluntad de Dios, nos muestra un camino nuevo para recibir con sencillez, humildad y alegría lo que Él quiere de nosotros. Gabriel salió complacido del encuentro con aquella muchacha tan de Dios. Ojalá algún día le suceda lo mismo con cada uno de nosotros.

Memoria y genealogía

Los evangelios de la tercera semana de Adviento nos emplazan a hacer memoria, a investigar en nuestro árbol genealógico. A través de la larga lista de los descendientes de **Abrahán**, Dios entra en la historia del hombre y el hombre entra en la historia de Dios (cfr. Mt 1, 1-17). Para nosotros esta enumeración interminable de nombres puede resultar árida y difícilmente pronunciable, pero cada nombre encierra un rostro único e irrepetible, con sus luces y sus sombras. Estos nombres pueden ser desconocidos, pero siempre viven en la memoria de Dios y laten en las venas del descendiente. En Jesús culmina la historia de Israel y la promesa realizada por Dios a Abrahán: Él será una bendición para las generaciones futuras. Repasemos también nosotros nuestro árbol genealógico. Demos gracias por los que nos han precedido, acojamos con humildad sus defectos y limitaciones,

sintámonos entroncados en una historia de Amor en la que Jesús irrumpe con su venida alegre y generosa.

San Mateo, por su parte, señala el origen judío de **José**, su aceptación de la misteriosa comunicación que Dios le hace a través de sueños y del ángel (cfr. Mt 1, 18-24). José es fiel a la ley y acoge a María y a Jesús. Muestra que Jesús, además de estirpe de **David**, es “Dios-con-nosotros” por obra y gracia del Espíritu Santo. Detengámonos en las formas con las que Dios nos habla continuamente al corazón. Necesitamos desarrollar nuestra escucha y el clima de silencio necesario para acoger –como José– la sorprendente voluntad de Dios. Y darnos cuenta de que, a pesar de nuestra pequeñez, Dios tiene un plan para nosotros, porque aunque Él es tan grande e inmenso, ha querido que seamos sus instrumentos. El recordado **José Luis Martín Descalzo** lo transmitió desde la vivencia de su enfermedad y de su fe hecha esperanza: *Sí, ya sé que solo Dios puede dar la vida; pero tú puedes ayudarle a transmitirla. / Solo Dios puede dar la fe, pero tú puedes dar tu testimonio. / Solo Dios es el autor de toda esperanza, pero tú puedes ayudar a tu amigo a encontrarla. / Solo Dios es el camino, pero tú eres el dedo que señala cómo se va a Él. / Solo Dios puede dar el amor, pero tú puedes enseñar a otros cómo se ama. / Solo Dios puede hacer que se conserve o se prolongue una vida, pero tú puedes hacer que esté llena o vacía. / Solo Dios puede hacer lo imposible; solo tú puedes hacer lo posible. / Solo Dios puede hacer un sol que caliente a todos los hombres; solo tú puedes hacer una silla en la que se siente un viejo*

cansado. / Solo Dios hace que bajo el sol crezcan los trigales, pero tú puedes triturar ese grano y repartir ese pan. / Solo Dios puede impedir las guerras, pero tú puedes no reñir con tu mujer o tu hermano. / Solo a Dios se le ocurrió el invento del fuego, pero tú puedes prestar una caja de cerillas. / Solo Dios da la completa y verdadera libertad, pero nosotros podríamos, al menos, pintar de azul las rejas y poner unas flores frescas en la ventana de la prisión. / Solo Dios puede salvar al mundo porque solo Él salva, pero tú puedes hacer un poco más pequeña la injusticia de la que tiene que salvarnos. / En realidad, ya ves que Dios se basta a sí mismo, pero parece que prefiere seguir contando contigo, con tus nada, con tus “casi-nadas”.

IV. CORAZÓN ABIERTO A LA PALABRA

La revolución de María

Al encender la cuarta vela de la corona de Adviento, nos arrimamos al Corazón de María, abierto a la Palabra (cfr. Lc 1, 26-38). Es un corazón que recibe la Palabra, que se ilumina con la Luz. El Corazón de María nos enseña a acoger en nuestra vida a Aquel que viene a encender nuestras ilusiones, esperanzas, proyectos. El Corazón de María se hace uno con el de su Hijo. Es un Corazón con Luz, porque en ella habita el resplandor del Verbo. Como María, aprendamos a acoger al que es la Luz verdadera que viene de lo alto. Queremos que Jesús esté dentro de nosotros, para que Él bombee nuestro corazón y nos marque el ritmo de nuestra vida con el tictac de su Amor.

El Adviento nos hace entrar en la revolución de María. El Nacimiento, tan próximo, nos va a poner de manifiesto la fuerza de la sencillez y de la humildad, la cercanía con los últimos y los pequeños (cfr. Lc 1, 46-56). Ella abrió su vida radicalmente a la esperanza auténtica que, para **Gabriel Marcel**, es “aquella que se dirige a lo que no depende de nosotros, aquella cuyo resorte es la humildad, no el orgullo”.

María, que en su silencio ha acogido el plan de Dios, prorrumpie en cántico de alegría, himno del Reino nuevo que en un bebé se inaugura. No se

queda la mujer del Misterio en poesías ajenas a la realidad. Canta un sueño que se encarna, un programa que va a revolucionar a poderosos, ricos y soberbios. Por el contrario, los humildes y los hambrientos van a alcanzar su dignidad y su distinción en el Corazón de Dios. María seguirá meditando en esta manera de actuar del Señor en el servicio y la ayuda cotidiana a Isabel. Las grandes revoluciones se hacen realidad en la vida oculta del día a día; así nos lo enseña María y así lo creía monseñor **Óscar Romero**: “Si Dios no hubiera encontrado el vacío inmenso de María por la humildad, no hubiera venido al mundo, no hubiera habido quien lo captara. Gracias a Dios, y esto hemos de agradecerle a la Virgen, Dios la escogió para ser madre suya, porque era santa en la humildad, porque nadie como ella expresó la pobreza de Israel, porque nadie como María expresó el ansia de todos los pueblos... Ojalá imitáramos a esta Pobre de Yahvé y sintiéramos que sin Dios no podemos nada, que Dios es esperanza de nuestro pueblo, que solo Cristo, el Divino Salvador, puede ser el Salvador de nuestra patria”.

Con María aprendemos a pasar de las expectativas a la esperanza. Quizá primero debemos lograr actitudes como las de una madre. Esto es, frente a necesidades tan enormes, encontrar una pequeña cosa que podamos hacer, y hacerla con la dedicación propia de una madre primeriza. De este modo, la esperanza estará “redimiendo el tiempo” (Ef 5, 16). La esperanza aprovecha el tiempo al máximo, agota sus posibilidades, incluso sus dimensiones inesperadas. En el tiempo que se acaba, la esperanza descubre un tiempo para dar a luz. En el preciso instante en que el tiempo se termina, la esperanza permite que la “plenitud del tiempo” se haga presente.

Servir sin interferir

Y ya apunto del nacimiento del Mesías, volvamos a Juan. Es esencial servir sin interferir. No ocultar al que es la Luz. Escuchar siempre la voluntad de Dios. Hoy día, cuando se ha perdido la tradición de poner el nombre de los padres o el de los abuelos a los hijos, no resulta llamativo que a Juan el Bautista

no le pusieran el nombre de su padre (cfr. Lc 1, 57-66). Pero realmente, en el tiempo en que se relata el nacimiento del precursor, sí que lo fue. De hecho, “todos quedaron extrañados”, porque nadie se llamaba así en la familia. En el acuerdo entre el padre y la madre por poner el nombre, estaba claro que había habido una intervención divina. En el momento en que Zacarías escribe el nombre de su hijo, comenzó a hablar y a bendecir a Dios. Cuando consiente en poner el nombre de “Juan”, en un acto de fe, el fiel sacerdote es recompensado. Todos tenemos continuas oportunidades de volver a la confianza en el Dios providente y misericordioso.

En Jesús, Dios nos visita; no solo nos visita, sino que se queda con nosotros. Él necesita en esta visita de nuestra atención y de nuestra colaboración (cfr. Lc 1, 67-79). Juan el Bautista se convierte en mensajero del que ha de venir, el que le va a preparar el terreno para que pueda desplegar su Buena Noticia de amor y salvación para toda la humanidad. Hay una bella oración del Apóstol, del siglo XIV, que reza así: *Cristo no tiene manos, / tiene solamente nuestras manos / para hacer el trabajo de hoy. / Cristo no tiene pies / tiene solamente nuestros pies / para guiar a los hombres en sus sendas. / Cristo no tiene labios, tiene solamente nuestros*



labios / para hablar a los hombres de sí. / Cristo no tiene medios, / tiene solamente nuestra ayuda / para llevar a los hombres a sí. / Nosotros somos la única Biblia, / que los pueblos leen aún; / somos el último mensaje de Dios / escrito en obras y palabras.

Cristo no tiene pies, no tiene labios... Nosotros hemos de ser Juan el Bautista, para que el Señor Jesús llegue a aquellos que esperan su venida, su amor. Ojalá tengamos el arte de Juan para saber bien cuál es nuestro cometido y no interceptar al que es la Palabra última y definitiva de Dios. Como el reloj del Adviento, con un discreto tictac, convirtámonos en señal que anuncia a tantos desorientados que es la hora de la Esperanza. Envueltos en este motivador deseo nos unimos en la oración:

*Señor de las horas y del tiempo:
con generosidad pones en marcha
el reloj del Adviento,
para que, entre la promesa
y el cumplimiento,
el presente y lo porvenir,
despertemos cada día a la esperanza,
antesala del banquete de tu Reino.*

*Suave tictac en la jornada peregrina,
murmullo de tantos encuentros,
en la profundidad de tu Misterio.
Es la Encarnación
que va tomando cuerpo:
en tu Iglesia misionera,
atenta a tanto sufrimiento,
dolor de parto y gemidos
que llegan al más alto vuelo.*

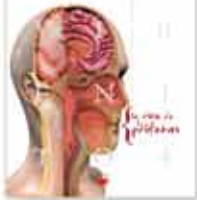
*Rostros sin rostro,
historias al margen de la historia,
gritos en el espesor del silencio:
¡Ven, Señor Jesús,
a rescatar a tu Pueblo!*

*¡No nos dejes solos!
Enseñanos a esperar
con Aquella que,
embarazada en Nazaret,
acogió tu Palabra
y revolucionó la historia de los siglos;
porque no hay mayor razón
para la espera
que la que habita en el resto fiel,
el nuevo Israel anhelante
de tu venida eterna.
Amén.*



ADVIENTO NAVIDAD

NO
VE
DAD



112 pp., 11 €

Disponible
también en catalán

ADVIENTO 2014

La voz de los profetas

José Alegre
Abad de Poblet

Reflexiones y meditaciones para el Adviento. Tomando como base las antifonas de la segunda parte del Adviento (a partir del 17 de diciembre), se invita a considerar el mensaje de los profetas del Antiguo Testamento.



128 pp., 10 €

ORAR Y CONTEMPLAR CON EL ARTE

Adviento y Navidad

Luis Fernando Crespo

Cada día un título conciso, puesto en lo alto, como el candil del Evangelio, ilumina nuestra casa; un breve texto bíblico centra luego la atención, seguido de un sobrio comentario del autor. Se presenta además cada día una obra de arte para contemplar y orar.



144 pp., 11 €

Disponible
en eBook

LECTIO DIVINA PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO

Adviento - Navidad

La Casa de la Biblia

El encuentro diario con la Palabra a través de la *lectio divina* es un medio extraordinario para que cada creyente, cada «discípulo», se disponga a la escucha atenta de la voz del único Maestro.

EN www.ppc-editorial.com

TLF.: 91 428 65 90

MAIL: buzonppc@ppc-editorial.com

EL EVANGELIO

leído en la tradición cristiana

Ciclo B

novedad



368 págs. 17 €

Preparado por **Pablo Cervera Barranco**

Prólogo de **+Luis F. Ladaria**

Obispo secretario de la Congregación
para la Doctrina de la Fe

Al filo de los Evangelios dominicales y festivos del segundo año del ciclo trienal (año B), la obra ofrece una amplia y selecta antología de textos de autores cristianos de todos los tiempos, desde los Padres Apostólicos hasta autores recientes, que han comentado o se han referido a estas perícopas evangélicas.

Este libro viene a llenar una laguna. Será de verdadera utilidad para todos. Su autor ha elegido los textos con mucho acierto...

(Del prólogo de Mons. Ladaria)

Ciclo A,
disponible
Incluye fiestas y
solemnidades
comunes a los
tres ciclos
litúrgicos



520 págs. 23,50 €



Ciclo C, en preparación


Ciudad Nueva

Adquiéralos en su librería, en nuestra página web
www.ciudadnueva.com
o llamándonos al teléfono 91 725 95 30